

Susan Boyle

EN EL KARAOKE DONDE EMPEZÓ LA CANTANTE FEA

Siempre era la mejor cuando se subía al escenario del Lord Bruce. Hoy tiene más audiencia que Obama en Youtube



4

Polémica

NO QUIERO VIVIR EN LA CALLE PILAR BARDEM...

...Ni en la de Rubalcaba, Obama o Aznar. La polémica sevillana por conceder una calle a la actriz se extiende a toda España



6

Europeas

CIUDADANOS AL DESNUDO POR DINERO

Rivera quería renovar la política y puede acabar solo. Su partido se desintegra tras nombrar a Miguel Durán candidato



9

La otra biografía

Stieg Larsson.

El hombre que si amaba a su mujer. Su obra ha vendido 10 millones de ejemplares. Pero su pareja durante 32 años sigue luchando por los derechos de autor. / 14

Aniversario

La Dama de Hierro

Se cumplen 30 años de la llegada al poder de Thatcher, hoy anciana. / 10

CRONICA

AÑO XX. NÚMERO 706

DOMINGO 26. ABRIL. 2009

EL MUNDO



Christopher Hartley Sartorius, poco antes de tener que abandonar República Dominicana, habla a cortadores de caña de sus derechos inalienables.

LA BATALLA FINAL CONTRA LA ESCLAVITUD

El Congreso de República Dominicana ha aprobado la abolición de la esclavitud, una medida histórica provocada por la actuación del cura español Christopher Hartley Sartorius, quien tuvo que abandonar el país por amenazas de muerte ● Los abusos inhumanos que se producían en los cultivos de azúcar se conocieron por un artículo de «Crónica» ● Un reportero vuelve allí y, pese al acoso de enviados por los terratenientes, comprueba que las miserables condiciones continúan

EXCLUSIVA / LA BATALLA FINAL CONTRA LA ESCLAVITUD

«Los **amos** me dan dos kilos de arroz, dos de habichuelas, avena y dos latas de sardinas. Eso para todo el mes. No tengo ni para 15 días»



MIL EXPLOTADOS. Los propietarios de la plantación de caña de azúcar, los Vicini, tienen bajo su control a unas 1.000 personas. Les paga 2,3 euros por cada tonelada recolectada.

BARRACAS. Desde el primer reportaje de «Crónica», hace más de seis años, sus vidas han mejorado aunque no lo suficiente. Están a punto de tener agua potable todos los días.

L PACO REGO
Enviado especial

os mangos y los cocoteros escoltan a ambos lados la carretera socavada que nos conduce a los bateyes (las aldeas donde moran los braceros en medio de las plantaciones). El sol cae a plomo en esta mañana temprana del Caribe dominicano. 31,5 grados a las 10:00. La humedad se vuelve por momentos tan espesa y pegajosa que agua la piel. Nuestro guía, al que llamaremos José, gira a tope el botón del aire acondicionado del todoterreno. Al otro lado de la luna, dos ancianos esqueléticos, que a lo lejos parecen sombras, cargan como pueden con sus azadas al hombro. Caminan derrotados.

«A éstos, por la edad, ya no los quieren. Ya no les sirven para la corta. Por eso los ponen a limpiar las cunetas bajo este sol que abrasa», tercia José. Alguien que no vemos nos sigue. El cañaveral tiene ojos y oídos invisibles. El guía me advierte. Da un volantazo y enfila rápido el cuatro por cuatro por un camino empedrado. Acabamos de cruzar lo que los hombres de la caña llaman aquí *la puerta del tubo* —antño hecha de hierros huecos, de ahí su nombre, y hoy sólo un recuerdo—, que da paso a una llanura sin fin de troncos verdes. Nos adentramos en el mayor cañaveral del mundo. Hombres míseros de piel oscura, haitianos de todas las edades reclutados por *buscones* (traficantes de seres humanos), trabajan, viven y mueren como esclavos entre el murmullo de los vagones oxidados que llevan la dulce cosecha para la moleda. Crudo realismo trágico.

Seis años y cuatro meses después de que *Crónica* hiciera la denuncia (*Un cura español en el infierno de la caña*, domingo 5 de enero de 2003), la batalla contra el fin de la explotación se libra estos días en la Repú-

ca Dominicana: el Congreso acaba de aprobar la abolición de la esclavitud y el comercio de personas, y la Corte de Apelación deberá ratificar en junio la primera condena judicial contra los esclavistas del azúcar.

Dice el nuevo artículo 3: «Se prohíbe la esclavitud, la servidumbre y la trata de personas en todas sus formas». Del clamor ya daba cuenta nuestro reportaje, que desencadenó una avalancha de documentales y películas y puso en marcha una campaña internacional de los poderosos Vicini, la dinastía local de la caña (su fortuna es incalculable, pero supera largamente los 2.000 millones de euros) contra quienes osaban elevar su voz. Y aún continúa. Ya no sólo porque sigan acusando desde periódicos afines al sacerdote español Christopher Hartley Sartorius, sobrino del ex dirigente del Partido Comunista Nicolás Sar-

torius, de lo peor —de quemar los campos, sabotear las fábricas o de lucrarse económicamente del problema— y lograran echarlo del país con el beneplácito de la Iglesia.

También acaba de huir a España el profesor universitario Carlos Agramonte tras publicar recientemente su novela *El sacerdote inglés*,

con paralelismos visibles entre la cruzada de Hartley contra la trata de hombres y los ricos que amargan el azúcar con la sangre de los cortadores haitianos.

Esta semana hemos regresado al cañaveral. En los bateyes el día a día de las gentes sigue inmutable desde aquel enero de 2003 de nuestra primera visita. Los mismos trabajadores famélicos, sin seguridad social ni contratos laborales, las mismas voces roncas de los capataces montados a caballo, la ausencia total de higiene, de hospitales, de casas dignas... De un mañana.

«Esperando a que venga la muer-

por las brasas y el camastro en el que duerme. La suya no es historia de cuento. Al contrario. Es una historia de palizas, sangre y sudor. La caña, tan alta y tan callada, empieza a dictar sentencia condenatoria.

—Hace dos años que ya no voy a la corta. No puedo. La hernia no deja que me doble. Me dobla el cansancio y el dolor.

Pedro, cuyos ojos, a sus 60 años, ven cada vez menos por el azúcar de la diabetes, se baja los pantalones y enseña una hernia del tamaño de una naranja en el bajo vientre.

—Cuando ya no aguanto más me suben a una carreta y me llevan a un consultorio. Y cuando ya se me pasa el mal, no me traen. Tengo que volver al batey andando unos 40 kilómetros.

—¿Recibe alguna pensión?

—Ni un peso. Y eso que llevo toda una vida de bracero.

—¿Y la comida?

—Los amos me dan dos kilos de arroz, uno de habichuelas, una funda (saquito) de avena y dos latas de sardinas. Eso para todo el mes. Pero con estas raciones no tengo ni para 15 días.

—¿Qué come, entonces?

—Lo que encuentro por ahí... Las sobras que me dan, que no son muchas... Y a esperar a que llegue pronto mi muerte para tener descanso.

La imagen famélica de Pedro viene a dar la razón al misionero Christopher: «Todos los días matan a Cristo en los bateyes». Palabra del padre, como lo llaman los *crucificados* de los cañaverales, donde se explota a los braceros de la misma forma que se hacía cuando Colón llevó al Nuevo Mundo las primeras semillas de caña desde Canarias. «La libertad de movimientos de la gente recién *traficada* está severamente restringida», dice el padre.

La Biblia predicada en estas tierras ardientes por el misionero hasta octubre de 2006, cuando tuvo que

abandonar la isla bajo amenazas de muerte, ha dado relevo en la lucha por los derechos humanos y laborales de los cortadores al libro de la ley que hoy empuña una abogada nacida pobre en un *batey*. María Victoria Méndez, Noemí para todos. Ella, mejor que nadie, sabe de qué habla. Tal vez por eso, porque lleva el batey en la sangre —«nadie que no lo haya pisado alcanza a comprender lo que es la miseria»—, 500 braceros haitianos han puesto su presente y su futuro en manos de la valiente letrada. Y, por ahora, han ganado.

En una sentencia histórica, fallada el 6 de noviembre de 2008 por la Sala número 1 del Juzgado de Trabajo de Primera Instancia de San Pedro de Macorís, se ordena al ingenio (fábrica) Cristóbal Colón —propiedad de los Vicini, cuenta con 32 bateyes, cinco de ellos visitados esta semana por *Crónica*—, «formalizar por escrito los contratos de trabajo de los demandantes». En ellos «se debe estipular el tiempo que lleva cada trabajador laborando para la empresa, el salario (semanal, quincenal o mensual) y la paga de navidad», además de «la participación en los beneficios y seguro médico», entre otros derechos.

La sentencia, aunque fue apelada por los Vicini, que dicen desconocer las reivindicaciones de los braceros a pesar de que ya en 2006 un grupo de cortadores pidió que se regularizara su situación laboral, ha puesto a los amos del azúcar contra las cuerdas. «No hemos ganado aún la guerra pero sí una gran batalla», dice esperanzada Noemí. «Y no sólo legal sino también psicológica, pues estos hombres poco a poco van perdiendo ese miedo ancestral a luchar por su dignidad. Empiezan tener conciencia de que son personas con derechos, no esclavos».

La palabra la tienen ahora los magistrados de la Corte de Apelación. La cita será el 9 de junio. Medio mi-

HACE UNOS AÑOS NI SIQUIERA LES PAGABAN CON DINERO, LES DABAN VALES DE COMIDA. TODAVÍA NO TIENEN AGUA POTABLE A DIARIO

LOS VICINI, CONDENADOS EN UNA SENTENCIA HISTÓRICA, ESPERAN AHORA EL VEREDICTO DE LA CORTE DE APELACIÓN

torius, de lo peor —de quemar los campos, sabotear las fábricas o de lucrarse económicamente del problema— y lograran echarlo del país con el beneplácito de la Iglesia.

También acaba de huir a España el profesor universitario Carlos Agramonte tras publicar recientemente su novela *El sacerdote inglés*,

te y de aquí me lleve para siempre», murmura Pedro Yan, flaco como un Cristo crucificado, mientras intenta a duras penas tragar un puñado de arroz hervido a la entrada de su barraca. No más de tres metros cuadrados de suelo y paredes mugrientas donde las moscas y las lagartijas comparten un caldero ennegrecido

«Llegaron a pegarme con la hoja plana del machete hasta que caí desmayado», cuenta uno de los cortadores



FOTOS: CELINE ANAYA Y PACO REGO

CAPATACES. Son los afortunados encargados de los barracones. Controlan a cientos de personas. Son quienes supervisan el trabajo de estos esclavos contemporáneos. Se aprovechan de sus propios «hermanos».

LUCHADORA. La abogada María Victoria Méndez, Noemí, ha retomado la labor del padre Hartley. Ha logrado una sentencia histórica.

llar de braceros, convocados en los bateyes, cantarán las verdades de la caña al tribunal. Muchos lo harán en *creóle*, la lengua de los haitianos. Pero con la cabeza alta, sin miedo ni resignación, mirando de frente a la ley de los hombres libres.

Cuando la tarde decae, el crujir de la caña se torna lamento. Los cortadores, derrotados y hambrientos tras 12 horas de trabajo desde el amanecer, regresan al batey con sus machetes enfundados. Como en una procesión de seres sin alma.

La tierra prometida que cientos y cientos de haitianos desesperados confiaban encontrar en la vecina República Dominicana, con un nivel de vida muy superior, tan sólo les ha dado machetes y cabañas en las que apenas pueden resguardarse de las tormentas. En la pared de una casita de ladrillo pintada en rosa a la entrada de un batey, levantada por los Vicini como centro cultural en medio de la más absoluta miseria, el sarcasmo reza en letras grandes y negras: «Esperanza para crecer». Tal vez fuera una idea parecida la que animó a Justo Colen a probar fortuna en el cañaveral. Este muchacho de 20 años, alto y fuerte y capaz aún de sonreír, es una de las últimas víctimas de un desgraciado negocio, el tráfico de humanos, que todavía sigue vivo en la frontera con Haití.

Justo, que se expresa en *creóle*, llegó hace cuatro meses de la mano de un buscón: «Tuve que pagarle, igual que otros amigos, 175 dólares americanos (unos 130 euros)». El sueño de Justo, hijo único en una familia que, dice, no tiene para comer, es enviar dinero para alimentar a sus padres. El de Benito, 33 años, es convertirse en profesor de Filosofía. «Para ayudar a que los chicos de mi pueblo piensen por ellos mismos y no se conviertan en esclavos».

A Pablo, dominicano de 26 años, hijo de padres haitianos que vivieron y procrearon ocho varones en el

batey, las palizas recibidas de los capataces de la caña —«llegaron a pegarme con la hoja plana del machete hasta que me caí casi desmayado»— no han mermado un ápice sus ansias de ser psicólogo. «Creo que lo conseguiré. Tengo fe en Dios», dice. «Y también en Noemí. Ella, como lo fue el padre Christopher, es nuestra esperanza». Desde que nace hasta que muere el sol, algo se mueve en el tórrido cañaveral.

El pasado de la abogada Noemí, hoy con 46 años, pesa tanto como su presente entre los desamparados de la caña. Saben que la hija de Isabel y Manuel también es una hija del batey. Y eso les da confianza. «Les entiendo porque lo he vivido, he respirado el mismo aire, los mismos olores y he escuchado las mismas tragedias». Los otros recuerdos hablan de una niña feliz, «de una época linda», con muñecas de trapo que

Noemí, siguiendo el ejemplo del hermano mayor, hoy juez, se hizo abogada tras pasar sin éxito por la facultad de Medicina. Aunque gracias a la fugaz experiencia conocería al que hoy es su marido, médico, con el que tuvo dos hijos. «Más de una vez se han encarado en el instituto con algún profesor y algún que otro amigo para defenderme. Porque a mucha gente no le gusta que yo pelee por los derechos de los inmigrantes haitianos. No entienden que lo único que pretendo es tan sencillo como defender a unos seres humanos a los que han robado su dignidad y, en muchos casos, la vida». Sida, tuberculosis, asma... Son los otros males endémicos del batey.

La cruzada de Noemí ha convertido a la abogada en diana de los poderosos. Su llegada a los bateyes, donde es recibida como una salvadora, se transmite como la pólvora

EL TRÁFICO DE SERES HUMANOS SIGUE EN LA FRONTERA CON HAITÍ. LOS INMIGRANTES SON ENGAÑADOS Y TERMINAN EXPLOTADOS

«ESTOS HOMBRES EMPIEZAN A TENER CONCIENCIA DE QUE SON PERSONAS CON DERECHOS, NO ESCLAVOS», DICE NOEMÍ, ABOGADA

aquella pequeña se hacía y un teléfono apañado con dos latas unidas por un cordel. «Mi padre, que se dejó la salud en el cañaveral para que los siete hermanos pudiéramos comer, siempre nos decía que teníamos que estudiar, salir de allí para crecer». Las becas y el tesón hicieron el resto.

entre los confidentes de los amos de la caña. Acabábamos de llegar al primer batey que visitamos esta semana cuando tres hombres, que nos seguían a distancia en una camioneta blanca, se acercaron con indisimulado gesto intimidatorio. El más pacífico de aspecto se dirigió directamente a Noemí con la excusa de

EL ECO DE AQUEL INFIERNO

ILDEFONSO OLMEDO

La imagen de Juan Bautista Vicini —entonces cabeza de la saga azucarera caribeña— con la fotocopia del artículo de *Crónica Un cura en el infierno* (5 de enero de 2003) y el rostro desencajado a su llegada al obispado de San Pedro, quedará para siempre en mi memoria. Sus primeras palabras a mí, a modo de saludo, fueron: «Usted lo que quiere es hacerse famoso a costa de los pobres». Desde aquel día, cambió la vida de Christopher Hartley Sartorius, el cura del reportaje, el tipo que osó recibir al presidente del país, en una visita electoral a los poblados de los braceros, con un insobornable: «Señor presidente, se dé usted cuenta o no, ha venido a la antesala del infierno». Hijo de española y británico, Sartorius había llegado a República Dominicana desde Nueva York en 1997, con la memoria viva de sus años junto a Teresa de Calcuta, en la India de los parias. Ahora está de misión en Etiopía. Ha cambiado de continente pero sigue en la procesión de la caña, luchando por los derechos de los braceros y defendiéndose de las muchas querellas (detrás aparece el bufete estadounidense Patton-Boggs, una poderosísima compañía especializada en *lobby*) y lanzadas de los Vicini. Cuando abandonó el país caribeño, con amenazas de muerte pisándole los talones, no huía... «Nunca sabréis», repite a este periodista, y él no es tipo lisonjero, «el bien que hicisteis con aquel reportaje». No sólo porque rompiera el silencio del cañaveral. Tras *Crónica* llegó la avalancha: el *pulitzer* Gerardo Reyes escribió reportajes para el *Nuevo Herald* de Miami, florecieron documentales de denuncia (pocos dentro del país y la mayoría fuera: *The sugar babies*, *The price of sugar*, *Inferno di zucchero*...), la película *Big Sugar*... También Robert de Niro prepara, con Jodie Foster, *Sugarland*, pero esta vez de la familia Fanjul (descendientes de asturianos)... Para lavar su imagen, los Vicini, a través de Patton-Boggs, «llevan invertidos más de 500.000 dólares en lobby a congresistas en Washington». Palabra del padre. Y el azúcar, mientras, subiendo su precio.



que uno de los jefes del ingenio Cristóbal Colón, al servicio de los Vicini, quería conocerla. El mensaje es claro: allí sobrábamos. Igual presión, pero con diferente estilo, tuvimos que soportar los demás días.

Los amos del dulce que crece en sus campos con el sudor de los haitianos intuyen que el fin de la esclavitud está próximo. «Nadie tiene derecho a pegarte, a insultarte, a negarte el pan...». Las palabras de Noemí traen el eco de la novela *Over*, años 40, del escritor dominicano Ramón Marrero: «¿Hasta cuándo los hombres vivirán como bestias?».

La Corte Suprema de República Dominicana tiene ahora la palabra.